

Ricardo Vicente López

---

*Los orígenes  
del  
capitalismo moderno*

---

*La conformación del espíritu burgués*

Parte III

## *Tercera parte*

### *23.- La sociedad industrial*

Durante el año académico 1955-56 en la Sorbona de París el profesor Raymon Aron (1905-1983) analizó el tema de la sociedad industrial y su relación con el desarrollo. La sociedad industrial es otro modo de plantearse el tema del capitalismo, centrando su interés en un aspecto técnico de metodología de producción. No hacía mucho tiempo se había publicado el libro de W. W. Rostow *Las etapas del crecimiento económico* que había conmovido al mundo académico y que se había convertido en una especie de Biblia del tema del desarrollo. Ante este éxito el profesor Aron se sintió obligado a dar una respuesta en sus clases. De ellas, de los apuntes de sus alumnos, se editó un libro que contiene las *Dieciocho clases sobre la sociedad industrial*, de él tomaré sus afirmaciones sobre el capitalismo.

Comienza haciendo una referencia demasiado simplista para definir esa sociedad, “*la sociedad industrial es aquella donde la industria, la gran industria, es la forma de producción más característica*”. Comienza describiendo las líneas generales que presentó en la experiencia histórica de los países centrales. La sociedad industrial separa el ámbito de la familia del de la empresa, aunque esto no sea una necesidad imprescindible; introduce un modo original de división del trabajo que va mucho más allá de la división tradicional entre trabajo artesanal y agrícola, ahora esta división se desarrolla en el seno mismo de la empresa, adquiere un carácter tecnológico. Este tipo de empresa industrial supone una *acumulación previa de capital* de dimensiones desconocidas hasta entonces, y requiere que éste se renueve y se acumule. Esta dimensión del capital debe ser manejada mediante el cálculo racional, a fin de obtener el máximo rendimiento sobre la base de los menores costos posibles, lo que dará lugar a un menor precio de origen que se colocará en el mercado con utilidades. Éstas, a su vez, en su circulación comercial, serán la base de una acumulación creciente. Este modo de plantear la producción debe someterse a lo que los economistas denominan el *cálculo económico*. Este cálculo económico no debe ser confundido con el cálculo técnico, que debe subordinarse siempre al primero (no todas las técnicas serán aplicadas, sólo aquellas que ofrezcan el máximo beneficio). El cálculo económico es el que va a orientar las inversiones del capital en la búsqueda de la mayor rentabilidad posible.

Otra característica que la empresa industrial exige dentro de este esquema es la existencia de *mano de obra libre desocupada en cantidades importantes*. Esta mano de obra debe estar siempre por encima de las cantidades necesarias para producir, y estar siempre disponible para su utilización. Esta situación está evidenciando la concentración de la propiedad de los medios de producción en pocas manos, por lo que, a su vez, da lugar a la necesidad de garantizar la propiedad privada ante cualquier cuestionamiento. Después de haber planteado las características descritas Aron va a proponer una definición de capitalismo. La preocupación del profesor se centra en esclarecer los modos que permitan seguir creciendo a ese capital; el origen de él no es un tema que investigue, como así tampoco el problema de los países que no han alcanzado a desarrollarse. Por lo tanto, le interesa poder decir cuáles son sus rasgos relevantes que permitan desentrañar esa incógnita. No debemos olvidar la época de estas reflexiones, está en 1955 en plena guerra fría y debe tener presente que hay otro gigante industrial, la URSS, que muestra un desarrollo importante al que ha llegado por otros métodos, pero no menos exitoso a esa altura de los tiempos. Debemos, entonces, colocarnos en esa época y comprender los temas de su preocupación, hoy pareciera extraño tener que pensar en la URSS, después del estruendoso fracaso, pero después de la Segunda Guerra se presentaba como un competidor feroz.

Habiendo ubicado el esquema general nos va a proponer una serie de rasgos relevantes con los cuales se puede identificar la sociedad industrial capitalista: 1) Los medios de producción son objeto de apropiación individual; 2) la regulación de la economía está descentralizada, o sea que el equilibrio entre producción y consumo no se establece de una vez por todas por decisión planificada, sino progresivamente, por tanteos de mercado; 3) los empresarios y empleados están separados unos de otros, de tal modo que estos últimos no disponen más que de su fuerza de trabajo y los primeros son propietarios de los instrumentos de producción, en la relación denominada asalariado; 4) el móvil predominante es la búsqueda de beneficio; 5) dado que la distribución de los recursos no está planificada, existe una fluctuación en los precios en cada mercado parcial e incluso en el conjunto de la economía, lo que se denomina en un lenguaje polémico *anarquía capitalista*. Puesto que la regulación no está planificada ni centralizada, es inevitable que los precios de los productos oscilen sobre el mercado en función de la oferta y la demanda y que en consecuencia, periódicamente, se produzca lo que denomina *crisis*, regulares o no.

Respecto de los autores vistos hasta ahora debo resaltar dos rasgos que Aron destaca en el capitalismo, que no habían salido a la luz, dos temas poco tratados en todas sus consecuencias, las *crisis* y la *propiedad privada*, como *apropiación* y *desapropiación*. Con referencia a la propiedad individual no se interna en consideraciones históricas en cuanto a su origen y concentración, se limita a tomar nota de que la existencia de una *apropiación individual* tiene como consecuencia la *desigualdad entre los hombres*; ésta se manifiesta de dos maneras, una tiene como consecuencia la *desigualdad en las retribuciones* por tareas iguales o diferentes, haciéndose cargo de que las que mayor esfuerzo físico reclaman son las peores pagas, y que la escala asciende en relación inversa a ese tipo de esfuerzos. Sin embargo, señala en defensa de estas desigualdades que la economía planificada soviética tampoco solucionó este problema y que, por el contrario, en el sistema soviético, la desigualdad entre el peón y el obrero especializado es más considerable que la misma desigualdad en el sistema norteamericano (está dicho en pleno esplendor del estado benefactor en los EE.UU).

Esta desigualdad opera como incentivo de la productividad, la responsabilidad, la capacidad, etc. La Unión Soviética había intentado en una primera experiencia, en la década del veinte, cerrar todo lo posible el abanico de retribuciones, es decir que la distancia entre el que más ganaba y el que menos fuera lo más corta posible. Los resultados fueron nefastos, debiéndose modificar muy pronto por las desastrosas consecuencias que trajeron aparejados. Estas referencias a los soviéticos son constantes a lo largo del libro, por las razones ya explicadas. Las sociedades industriales avanzadas han ido paulatinamente acercando los extremos del abanico de retribuciones hasta la década de los años setenta. La otra forma de desigualdad parece más difícil de ser defendida, es la que emerge de la propiedad sobre los instrumentos de producción, "*la desigualdad en la distribución del capital*". Y es una desigualdad más injusta porque coloca a los hombres en puntos de partida diferentes para enfrentar la competencia, y ello no es atribuible a sus méritos. En este aspecto parece aceptar la situación como inmodificable y hasta consubstancial con el sistema. Todo sistema que deja a los individuos la propiedad sobre los medios de producción y que exige la competencia entre ellos, con vistas al máximo beneficio, forzosamente tiene que comportar una desigualdad importante de capital y después de los ingresos como resultado. Pero esa desigualdad, en la retribución, no es vista como injusta si está basada en las distintas capacidades o habilidades. Sin embargo, cuando las desigualdades se derivan de la posesión o no de un capital, sin preguntar cómo se ha obtenido, coloca un punto de partida desigual sin ningún mérito previo. De este modo los menos capacitados con capital están en una ventaja relativa muy grande, respecto de aquellos más habilidosos o preparados pero sin capital. Por ello confiesa:

He de añadir que la desigualdad de riquezas en la sociedad capitalista entraña ciertas consecuencias susceptibles de ser condenadas en cuanto tales. Ante todo la concentración de fortunas permite a una pequeña fracción de la población vivir sin trabajar. Es lícito protestar por una desigualdad que aparenta no serlo o que no está fundada sobre el trabajo, y que se acepte una desigualdad justificada, al menos en apariencia, por las funciones prestadas. En segundo lugar, un sistema de concentración de fortunas implica cierta transmisión de éstas y es justo pensar que la desigualdad a suprimir no es tanto la de los ingresos cuanto la desigualdad de punto de partida.<sup>1</sup>

No muestra ser muy severo en su juicio sobre las desigualdades, el tono trasmite una especie de aceptación resignada de algo que no aprueba. Le queda sin embargo el consuelo de que en las sociedades más desarrolladas corrigen esto por vía impositiva, con cargas progresivas. Está pensando, creo, en los países escandinavos, pero es evidente que no lo satisface ni lo deja tranquilo el tema. Busca el apoyo de un socialista francés, Pierre Joseph Proudhon (1809-1865) quien escribió un famoso libro en su época titulado *Filosofía de la miseria* en el que lanza una frase de batalla “*la propiedad es un robo*”. Sobre el final de su vida, Proudhon, después de haber leído el libro con que le contestó Carlos Marx, *Miseria de la filosofía*, reconoció que la eliminación de la propiedad ponía en manos del Estado la totalidad de la propiedad. La posterior experiencia soviética mostró que sometía al poder del Estado gran parte de la libertad individual que pretendía defender. Este tema lo llevó a Proudhon, sin conocer la experiencia soviética, a reconocer que “*cuanto más se suprime la propiedad individual más se libra al individuo a la discreción del Estado*”. Por lo tanto sólo sobre la propiedad individual es posible la libertad de las personas. Esto da pie al profesor de la Sorbona a rechazar la posibilidad de eliminar las desigualdades por ese camino. Por lo tanto, un sistema como el capitalista que no puede eliminar las diferencias, y por el contrario las incentiva y las acrecienta porque “*por su naturaleza lleva en sí la desigualdad, dado que es conforme a la esencia de un régimen fundado sobre la actividad individual*”. La conclusión a la que arriba Aron es que la desigualdad:

La conclusión mínima que debe extraerse de estas consideraciones, es que el problema de la desigualdad no se puede zanjar por un sí o por un no, por bueno o por malo. Existe una desigualdad que es propiamente indispensable en todas las sociedades conocidas como incitación a la producción, existe una desigualdad que es, probablemente, necesaria como condición de la cultura a fin de asegurar a una minoría la posibilidad de consagrarse a actividades superiores, lo que no deja de ser cruel para quienes se encuentran del lado malo de la barrera. Finalmente la desigualdad, aunque se trate de la propiedad, cabe ser considerada como la condición de un mínimo de independencia del individuo respecto de la colectividad.<sup>2</sup>

A pesar de la simpatía que se pueda tener por Raymon Aron no queda otra salida que reconocer que se ha metido en un gran problema, el de la desigualdad social, por lo que debemos reconocerle honestidad, pero no ha salido muy bien parado de ello. Sus reflexiones han rondado el problema pero no lo ha podido superar. No pretendo que haya debido ofrecer una solución, sino que quedó en deuda con la profundidad de análisis; el tema no es sencillo y por lo general los especialistas lo eluden o lo disfrazan, queda de todos modos planteado como problema. El otro tema relevante y que Aron señala es el que denominó, con cierta reticencia, la “anarquía capitalista”, que sería la consecuencia de un mercado libre, de oferta y demanda no planificada, y que arrastra el peligro de caer en *crisis de superproducción*, aunque con mayor propiedad habría que hablar de *crisis de demanda*, cuya acumulación pondría en riesgo la continuidad del “mercado”. Si hago la distinción respecto a lo que considero un error de denominación el llamarla “crisis de producción”, como hacen los economistas, es porque lo que se produce con la acumulación de los stocks

---

<sup>1</sup> Aron, Raymond, *Dieciocho lecciones sobre la sociedad Industrial*, Editorial Seix Barral, 1964, pág. 104.

<sup>2</sup> Aron, Raymond, *Dieciocho lecciones...*, ob. cit., pág. 105.

insuportable para las empresas, es una dificultad de ventas, de salida del stock, y eso está originado en una crisis de la demanda determinada por la escasez de dinero en manos de ella. Esta escasez da lugar a la acumulación de stocks, que no encuentra compradores, y acá se debe hacer referencia al sector laboral y a sus ingresos sobre lo que hay, por lo general, bastante resistencia. Por cierto, no está haciendo una especulación teórica, está teniendo presente las crisis que el sistema ha soportado. La más importante fue la “Gran Crisis” de 1929, y que han sido resueltas por distintas metodologías. Dice Aron en la misma página:

Cuando los economistas dicen mecanismo de mercado, entienden por ello que el equilibrio entre la oferta y la demanda se establece espontáneamente entre compradores y vendedores en el mismo, que la distribución de recursos colectivos se determina por la respuesta de los consumidores a las ofertas de los productos sin planificación de conjunto y que puede producirse desequilibrios en los mercados parciales e incluso en el global.<sup>3</sup>

Esta oferta y esta demanda sólo es conocible después que el mercado comienza, no antes, esto trae aparejado el riesgo de fallar en el cálculo, y que este riesgo pueda provocar dificultades en la cantidad de lo producido, dando lugar a la crisis. La pregunta que se hace es cómo podría evitarse esa dificultad, la respuesta que tiene a mano es “planificando”. Mira entonces a la URSS y se encuentra que “*en una economía planificada, la coordinación es teóricamente posible, pero falla por diversas causas*” y si no se producen crisis que arrastre a la quiebra (no podía prever la implosión del sistema soviético) es porque el Estado absorbe las pérdidas. Tampoco planificar asegura un funcionamiento perfecto. El rendimiento del sistema económico jamás es perfecto, contiene siempre la posibilidad de error que, en definitiva, es error humano. Pero hay otro aspecto de estas irregularidades del mercado que no puede desconocerse, la existencia de una sobreoferta de mano de obra permanente. Cabría hacer acá un razonamiento similar al anterior, la solución consistiría en planificar la necesidad de mano de obra, de modo tal de poder decir a cada oferente en que debe trabajar y cuanto, pero esto entrañaría una coacción sobre la libertad de elegir. Esto sin embargo no oculta, y al profesor no se la escapa que:

... un régimen capitalista entraña lo que Marx llamaba un ejército de reserva industrial. Según Marx, la transformación permanente de los medios de producción obligaba continuamente a hacer salir del circuito cierto número de obreros que, al quedar disponibles, pesaban sobre el mercado y sobre el nivel de los salarios. Toda economía capitalista entraña, en cada momento, un número mínimo de obreros parados, aquellos que pasan de un oficio caído en desuso a otro oficio, o de una empresa en decadencia a otra empresa... Todo el problema reside en saber hasta dónde llega la magnitud del volumen de esa masa de trabajadores en paro forzoso. Si se trata de un gran número de parados, entonces el régimen es injustificable; el capitalismo si entrañara con carácter permanente una fracción importante de mano de obra no empleada, estaría definitivamente condenado.<sup>4</sup>

Ciertamente reconoce que el sistema requiere una cantidad permanente de obreros sin trabajo, puesto que de producirse la *situación hipotética* de que la oferta de mano de obra fuera inferior a la demanda, se produciría una suba “desmedida” de los salarios y esto haría peligrar la renta del capital. La alternativa no entra en su razonamiento, él no ve otra salida que optar “*entre un ejército industrial de reserva y la supresión de la libertad de escoger oficio*” que sería la consecuencia de la planificación. ¿Que diría hoy el profesor de la Sorbona ante la masa de desocupados que crece aparentemente en forma incontenible en todo el mundo capitalista? Probablemente quedaría atónito, ya que consideraba que entre un 2% y un 3% era una desocupación aceptable. Es evidente que dentro el optimismo por la evolución del sistema capitalista de la posguerra hacía pensar en un futuro promisorio en el esplendor del *estado benefactor*, en él los

---

<sup>3</sup> Aron, Raymond, *Dieciocho lecciones...*, ob. cit., pág. 106.

<sup>4</sup> Aron, Raymond, *Dieciocho lecciones...*, ob. cit., pág. 107.

pequeños defectos se irían superando lentamente, aunque no todo sería posible solucionar. La nueva crisis de los años setenta que veremos más adelante colocó al sistema en un punto de inflexión de la curva que parece no tener vuelta posible, al menos en los términos en que se plantea hoy.

## 24.- Aproximación a una definición

Quedaría entonces avanzar en estas reflexiones sobre una ambigüedad que nos embarga desde las primeras páginas: ¿qué queremos decir cuando hablamos de capitalismo? Hago este alto en el camino que estamos siguiendo para aclarar conceptos que, muchas veces, impiden profundizar algunos debates. Creo que es particularmente necesario cuanto que hoy pretende presentarse como el “único sistema posible”, después de la implosión del sistema soviético. Debe quedar afirmado que el sistema capitalista ha mostrado una capacidad productiva insuperable hasta ahora, que fue un impulsor extraordinario del conocimiento científico y tecnológico, sobre todo de aquel ligado al sistema productivo. Aunque es necesario anotar que no siempre impulsó el avance del conocimiento científico cuando éste no respondía a las necesidades de la producción. Voy a remitirme, por la claridad de su planteo, a una conferencia que pronunció el padre jesuita Juan Carlos Scannone en la Universidad Nacional del Sur en Noviembre de 1995. En ella abordó este tema e hizo una distinción conceptual que creo de gran utilidad a esta altura de nuestro recorrido:

1) Capitalismo como modo de estructurar la economía, y, por otro lado, 2) la sociedad capitalista de clases, en la cual se da el poder hegemónico del capital sobre el trabajo, de modo que sólo quienes ponen el capital o lo representan, organizan y dirigen -hegemónicamente- el proceso económico y, por ende, en la práctica detentan todo (o casi todo) el poder económico y social... En cuanto al capitalismo como modo de producción, el juicio ético sobre el mismo depende en último término de su mayor o menor eficacia real, no sólo tecnico-económica sino y sobre todo, humano-integral... La sociedad capitalista de clases, en cambio, ha de ser éticamente criticada porque no respeta suficientemente la libertad y la justicia, es decir ni respeta la prioridad del trabajo humano subjetivo sobre el trabajo objetivo (los productos y los instrumentos de producción), ni da participación equitativa a todos los involucrados en las decisiones orientadas al bien común.<sup>5</sup>

Esta diferenciación que permite profundizar los contenidos del concepto arroja luz sobre muchas discusiones que, no habiendo aclarado suficientemente el uso del término, se han empantanado en caminos sin salida:

a) En un primer sentido, si por capitalismo entendemos un *sistema de empresas*, de producción y comercialización, que utiliza *el mercado como la mejor lógica para la asignación de recursos*, siempre escasos, y el *uso responsable de la propiedad privada*, enmarcada en un sólido sistema jurídico con *control del Estado*, que coloca todo ello al servicio de la comunidad entera y de la libertad humana integral, esto merece un tipo de discusión. Debe quedar preservado de toda opresión posible, privilegiando la *salud integral* de todos los miembros de la comunidad. Se podría aceptar, entonces, este sistema como un modo posible de resolver todo aquello que hemos analizado.

b) Pero si, en su segundo sentido, se entiende por capitalismo un *sistema de explotación*, de una clase poseedora del capital sobre otra que sólo posee su capacidad de trabajo, capital que sólo busca como *objetivo excluyente el lucro privado*, haciendo un uso del “poder hegemónico” que opera en *detrimento de una asignación equitativa* de bienes y remuneraciones, este *sistema es inaceptable*.

---

<sup>5</sup> La conferencia está disponible en fotocopias, puesto que no ha sido publicada.

Llegados a este punto creo que no podemos quedarnos en una mera diferenciación terminológica, pero no es desdeñable la distinción, porque muchas polémicas encuentran a los que las realizan argumentando desde cada una de estas dos definiciones. Esto no ha permitido un avance conceptual necesario y, de este modo, ambos quedan convencidos de la “verdad” de sus posiciones. Porque también permite, a aquellos que sacan réditos de las nebulosas y las marañas de palabras, mantener el tema dentro de una confusión sospechosa. En tan importante debate no debe confundirnos cuál sea el uso que se haga del término. Lo que sí cabe afirmar es que, más allá de cómo se lo denomine al sistema, cualquier orden social que se postule debe apuntar a la realización plena del hombre, “*de todo el hombre y de todos los hombres*”. En este sentido y apuntando a ese logro, es imprescindible la *eficiencia del sistema tecnoeconómico*, pero su eficiencia sólo es aceptable en términos de una *eficiencia humana*, colocada al servicio de todos los hombres. Debiendo privilegiar la *salud social* por sobre las *rentabilidades necesarias*. Porque es preferible *ética y humanamente* una rentabilidad menor y una mejor y más equitativa distribución de la riqueza.

Por ello, plantear correctamente el problema es el comienzo de la búsqueda de una solución posible. Y es, en este sentido, que encuentro en las afirmaciones de Jeremy Rifkin el señalamiento de una dirección investigativa que creo no debe ser abandonada. El eje de la cuestión queda colocado en la profunda transformación que está produciendo la *revolución tecnológica*, que algunas autores la han denominado *inteligente* haciendo referencia a la incorporación de la informática como elemento cualitativo, que altera el desarrollo del proceso tecnológico anterior. Este proceso es hoy estudiado y aplicado por lo que se ha dado en llamar las *reingenierías empresarias*, nombre con el que se encubre las *racionalizaciones* de personal. Es decir, la disminución de los puestos de trabajo necesarios dentro del proceso productivo y administrativo en todas sus etapas por la incorporación de la informática, sin alterar los volúmenes productivos y, muchas veces, incrementándolos. De allí que una de las contradicciones del capitalismo, que detecta Lester Thurow, profesor de economía del *Instituto Tecnológico de Massachussets*, es la que se plantea entre *el mercado como forma de asignar los bienes y la democracia como modo de asegurar la igualdad*. El mercado promueve la *competencia* y el *triunfo de los mejores*, dentro de él aquel que demuestre tener las mejores capacidades y las mayores habilidades se impondrá en la búsqueda de maximizar el beneficio. El otro, el perdedor se verá desplazado y finalmente derrotado, *dentro del mercado cada individuo vale por el dinero que posee*<sup>6</sup>. En oposición a ello la democracia pretende *garantizar la igualdad de todos los ciudadanos*. Esto lo ve con claridad Thurow:

La democracia y el capitalismo tienen diferentes puntos de vista acerca de la distribución adecuada del poder. La primera aboga por una distribución absolutamente igual del poder político, “un hombre, un voto”, mientras el capitalismo sostiene que es el derecho de los económicamente competentes expulsar a los incompetentes del ámbito comercial y dejarlos librados a la extinción económica. La eficiencia capitalista consiste en la “supervivencia del más apto” y las desigualdades en el poder adquisitivo. Para decirlo de la forma más dura, el capitalismo es perfectamente compatible con la esclavitud... En una economía con una desigualdad que crece rápidamente, esta diferencia de opiniones acerca de la distribución adecuada del poder es como una falla de enormes proporciones que está por deslizarse.<sup>7</sup>

Cabe subrayar lo enfático de la afirmación en un hombre que pertenece a lo más granado del sistema y que pretende defenderlo. No es desde la vereda de enfrente que habla, lo hace desde el corazón mismo del capitalismo estadounidense. Otro dato interesante es que atribuye la desigualdad creciente al capitalismo en

---

<sup>6</sup> Este tema está detalladamente analizado en mi trabajo: *El capitalismo en la etapa de la globalización*, EDIUNS, 1998.

<sup>7</sup> Thurow, Lester C., *El futuro del...*, ob. cit., pág. 258.

tanto tal, y no a una patología de su desarrollo actual. Completa este pensamiento con la siguiente frase: “*La mayor desventaja del capitalismo es su miopía. Tiene intrínsecamente un horizonte de corto plazo*”. Cuando Thurow dice “capitalismo” creo que deberíamos leer *capitalismo norteamericano*. Porque mirando a Europa, sobre todo aquello que se ha dado en llamar el *capitalismo renano*, encontramos otros modos de afrontar y resolver los mismos problemas. También son diferentes las relaciones entre empresas y entre los directivos y ejecutivos, hacia afuera con otras empresas y hacia adentro en las relaciones laborales<sup>8</sup>. Sin embargo hoy, ante el triunfo de la globalización va dejando en claro que el modelo renano está disolviéndose. Sobre estas diferencias se apoya la reflexión del padre Scannone para avanzar en el tratamiento del sistema capitalista. Sin embargo, avanzada la década de los noventa pareciera que, dadas las relaciones del mercado global, los mecanismos *salvajes* del *estilo norteamericano* han conmovido los cimientos del modo renano de articular las relaciones económicas. Es un tema pendiente para ver su desarrollo.

También puede verse en el traslado de empresas, como la Mercedes Benz a Estados Unidos y de una parte importante de la producción de autopartes a los ex países del Este, como Hungría, ex Checoslovaquia, ex Yugoslavia, que tienen una calidad de mano de obra similar pero con costos sociales muy por debajo de los de Alemania, un deterioro de las formas del capitalismo renano. Todas estas modificaciones dentro del sistema de producción alemán han limitado la recaudación impositiva, de modo tal que en 1993 el gobierno del canciller Helmut Kohl aplicó un recorte presupuestario sobre los programas sociales de un monto de 45.200 millones de dólares, como forma de detener el déficit público. En 1999, en la reunión de la *socialdemocracia internacional* que se realizó en Buenos Aires, el nuevo canciller alemán Gerhard Schröder no estuvo presente porque estaba aplicando un *nuevo reajuste*. El capitalismo renano, que se ha resistido a abandonar el modelo de un estado protector, siente hoy las presiones de un mercado global que exige bajar costos para competir. La baja de costos tiene una variable de ajuste importante en los costos sociales, que produce un estado que se encarga de la seguridad y el bienestar social. Sin embargo, la importancia de la presencia del estado como forma política de la democracia, es reconocida por un liberal como el financista George Soros. Vimos que Thurow habla de una contradicción entre la democracia y el mercado libre. Pero es, precisamente, esa contradicción la que aparece como mantenida por la dinámica propia del sistema capitalista, pues ella tiende a la concentración y a la exclusión. Leamos a Soros:

Está muy extendida la suposición de que la democracia y el capitalismo van de la mano. Lo cierto es que la relación es mucho más compleja. El capitalismo necesita a la democracia como contrapeso porque el sistema capitalista por sí solo no muestra tendencia alguna al equilibrio. Los dueños del capital intentan maximizar sus beneficios. Si se les dejase a su libre arbitrio, continuarían acumulando capital hasta que la situación quedase desequilibrada... El fundamentalismo del mercado pretende abolir la toma de decisiones colectivas e imponer la supremacía de los valores del mercado sobre los valores políticos y sociales... Lo que necesitamos es un equilibrio correcto entre la política y los mercados, entre la elaboración de las reglas y el acatamiento de las mismas.<sup>9</sup>

En esta misma dirección reflexiona el sociólogo Ulrich Beck, profesor de la Universidad de Munich, y percibe peligros parecidos a los señalados por los autores citados:

Cuando el capitalismo global de los países más desarrollados destruye el nervio vital de la sociedad del trabajo, se resquebraja también la alianza histórica entre capitalismo, Estado asistencia y democracia... El trabajo remunerado sostiene y fundamenta constantemente no sólo la existencia

---

<sup>8</sup> Remito a mi trabajo *El capitalismo en la etapa de la globalización*, ob. cit. También se puede consultar el muy buen análisis de Michel Albert, *Capitalismo contra Capitalismo*, Editorial Paidós, 1992.

<sup>9</sup> Soros, George, *La crisis del capitalismo global*, Editorial Sudamericana, 1998, pág. 29.



privada, sino también la propia política. Y no se trata “sólo” de millones de parados, ni tampoco del Estado asistencial ni de cómo evitar la pobreza, ni de que reine la justicia. Se trata de todos y cada uno de nosotros. Se trata de la libertad política y de la democracia...<sup>10</sup>

Notable advertencia, lo que está en juego es el futuro de los mismos beneficiarios del sistema. Entonces, si volvemos a las precisiones de Scannone, nos encontramos con que hay una necesidad de *control político sobre el mercado*. El capitalismo como sistema de producción para un mercado libre sólo puede funcionar aceptablemente si se ejerce sobre él un control político que impida sus desbordes, cuestión que exige el fortalecimiento de las instituciones políticas y sociales. Por otra parte, y esto no debe olvidarse, el capitalismo tenderá siempre, por su propia dinámica de mercado, a la *concentración económica* y la *exclusión social*. Son estos dos aspectos del sistema los que producen sus consecuencias más perversas. No radica, entonces, sólo en la *eficiencia técnica y económica* la calidad del sistema capitalista, puesto que ella por sí no garantiza la equidad. La que debe ser colocada en primer término es la *eficacia humnao-integral*, porque allí radica la eficiencia del sistema, en poder ofrecer las condiciones para el logro de un desarrollo humano. El mercado libre, por el contrario, no sólo no garantiza esa eficacia, sino que librado a su propia dinámica provocará desequilibrios, como los que ya ha provocado, polarizando la distribución entre unos pocos con mucho y muchos con poco, o casi nada.

Las polémicas a las que he estado haciendo referencia, que por imperio de una chata visión del problema se han limitado a un debate muy limitado, han encontrado entre los intelectuales de los países desarrollados un abanico de posiciones que podemos agruparlas en dos bandos, que identificaremos para no quedar atrapados en discusiones estériles, para nosotros, habitantes de los pueblos de América Latina. Con esta afirmación el problema queda ubicado dentro de parámetros que deben ser tenidos en cuenta. Es que hoy, a partir de la problemática del desempleo, aparecen posiciones críticas que achacan las causas a una sola consecuencia: *la implementación de políticas neoliberales*. Por otra parte, desde posiciones de pensamiento político enroladas en el *neoconservadurismo* se ha pretendido ver el eje de la polémica ubicado en el campo de los valores, atribuyendo al desprestigio de éstos las causas del problema. Tras los términos de ese debate se han alineado tras uno u otro bando, muchos sectores del sindicalismo y expresiones de ese difuso espectro de la política que es hoy “las izquierdas”. Por ello voy a detenerme, brevemente, en la caracterización de estos sectores, puesto que yo observo allí los posibles desvíos de un debate que puede quedar sepultado bajo un tipo de discusión ideológica que debemos evitar. No quiero decir que el deterioro de los valores no sea significativo o que no tenga incidencia, así como las políticas neoliberales han tenido una nefasta consecuencia social, lo que pretendo señalar es que no están allí las causas más profundas, que ese falso debate pretende sepultar.

Los *neoliberales* son, en su gran mayoría, economistas o intelectuales cercanos a esa disciplina. Éstos colocan el nudo de la solución a todos los males sociales en las bondades del libre juego de mercado y en la no intervención estatal. En la medida que el mercado libre se vaya haciendo cargo de la totalidad de las actividades, tanto de las económicas como de las de servicios, se irán resolviendo todas las dificultades que esta sociedad muestra. El interés privado y la búsqueda egoísta de la maximización del beneficio individual ha demostrado ser el mejor instrumento de *equilibrio*, en el juego de los intereses contrapuestos. De allí que, por las bondades de la competencia, que lleva a otorgar el *triunfo a los mejores*, el juego libre garantiza el beneficio colectivo. Son las intervenciones exteriores al mercado las que impiden su natural desenvolvimiento y reside allí la fuente de todos los conflictos, por las *distorsiones* que provocan en el *natural* desenvolvimiento de las *leyes del mercado*. Queda claro el alto grado de *fe* que ponen en este mecanismo y en el argumento recurrente de que, si no resuelven hoy los problemas que se presentan, es

---

<sup>10</sup> Beck, Ulrich, *¿Qué es la globalización?*, Editorial Paidós, 1998, pág. 97.

porque no se le ha dado el tiempo necesario para su superación. Los centros económicos y financieros internacionales, así como muchas de las grandes universidades se enrolan en esta corriente. Son sus voces tradicionales personalidades como Friedrich Von Hayek, Milton Friedman y Ludvig Von Mises, representantes de la ortodoxia liberal. Hoy muchas de las facultades de Economía de las Universidades de América Latina responden a la ortodoxia de estos planteos.

Entre los *neoconservadores* podemos leer a autores de una mayor “preocupación humanista” en su pensamiento, un aparente mayor compromiso con la problemática humana y una mayor tendencia a la recuperación de los valores. Muchos de ellos provenientes del campo de las ciencias sociales o las humanidades. Desde esta posición se afirma que los valores quedan marginados por la excesiva mercantilización (obsérvese lo de “excesiva”) que lleva a cabo el mercado, que no es consciente de la necesidad de defender “*las virtudes de la tradición occidental*”. Entre éstos podemos citar a un escritor y pensador enrolado en la corriente del pensamiento católico conservador, Michael Novak, que defiende esta posición en un libro suyo<sup>11</sup>, en el que casi no encuentra críticas al sistema y se extiende en loas sobre él.

Un caso más curioso es Daniel Bell, que giró desde posiciones de izquierda (defendió tesis marxistas hasta la década del cincuenta) y que formula un muy interesante planteo, inteligente y serio, sobre el modo de funcionamiento del sistema capitalista. Descubre en él tres esferas de funcionamiento que, si bien están interrelacionadas, tienen una relativa autonomía. Estas son: la esfera de lo *tecnoeconómico*, en la que se organiza la producción y distribución de bienes y que representa el mayor logro del sistema capitalista, no habría en ella nada que modificar, su eficacia está fuera de toda duda. La esfera del *sistema político* que es el ámbito de la justicia y del poder social de la que poco hay para modificar. Y, por último, la esfera de la *cultura* en la que el sistema muestra sus mayores fallas y carencias. Allí es donde aparece la descomposición del sistema de valores que ha dado lugar a la conflictividad que hoy se está padeciendo. El título de uno de sus libros señala con claridad dónde están centradas sus preocupaciones, *Las contradicciones culturales del capitalismo* (1976)<sup>12</sup>. Con estas palabras sintetiza Bell el problema tal cual él lo ve:

La ética protestante fue socavada, no por el modernismo, sino por el propio capitalismo. El más poderoso mecanismo que destruyó la ética protestante fue el pago en cuotas, o crédito inmediato. Antes, era menester ahorrar para poder comprar. Pero con las tarjetas de crédito se hizo posible lograr gratificaciones inmediatas. El sistema se transformó por la producción y el consumo masivos, por la creación de nuevas necesidades y nuevos medios de satisfacerlos.<sup>13</sup>

Obsérvese lo seductor de su planteo, aparece una crítica al consumismo digna de ser compartida. Sus referencias a las facilidades que otorga el crédito como fuente de corrupción de los valores también merecerían nuestra aprobación. Es significativo que no logre detectar ninguna dificultad en la esfera tecnoeconómica, por la concentración económica que se está produciendo en ella, incluso en los Estados Unidos. Por otra parte, en la esfera de lo político él no ve ningún problema en un país en que los derechos de las minorías son avasallados y se van perdiendo paulatinamente y, por otra parte, está muy seriamente cuestionada la representatividad de sus dirigentes políticos, lo que se expresa en la apatía electoral. Este acento puesto en la esfera de la cultura demuestra que su pensamiento es un fiel exponente de las clases altas. Le duele esa pérdida de valores porque afecta el tipo de vida tradicional que defiende. Nos dice José María Mardones, profesor titular de la *Universidad del País Vasco* y autor de innumerables trabajos, comentando las tesis de Bell:

---

<sup>11</sup> Novak, Michael, *El espíritu del capitalismo democrático*, Tres Tiempos, 1983.

<sup>12</sup> Bell, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, 1982.

Al final nos encontramos con este hecho: la ética puritana que había servido para limitar la acumulación suntuaria, pero no la del capital, quedó marginada de la sociedad burguesa capitalista. Quedó el afán de consumo y la tendencia al hedonismo. Se fue instaurando así una idea del placer como modo de vida. Es decir, el hedonismo pasó a ser la justificación cultural, si no moral, del capitalismo.<sup>14</sup>

Sin los límites que el puritanismo le colocó al capitalismo naciente, que lo llevó a exhibir una ascética empresarial, hoy se precipita por la ladera del *consumo*, incentivado hoy por el *farandulismo* de estas últimas décadas. Esto ha sucedido no sólo en nuestro país, el mundo nordatlántico muestra ejemplos en abundancia. Por otra parte, las investigaciones y exploraciones por el camino de la profundización de la individualidad, que la Modernidad había puesto en marcha dio lugar a la *subversión de los valores del sistema cultural*, afirma este autor. Relajado el sistema cultural y detentando una acumulación de capital, hasta entonces desconocida, el hedonismo se desató y colocó la búsqueda del placer en el centro de la vida social. No hay dudas de que “*la falta de un arraigado sistema moral de creencias constituye la más profunda contradicción cultural de la sociedad y el más serio desafío a su supervivencia*”. Pero, cabría preguntarse, esa pérdida de valores, esa exacerbación del consumo, sustentado en el crédito financiero, ¿no son consecuencias del mismo sistema tecnoproductivo que publicita esa incentivación al consumo? ¿es compatible una producción masiva de bienes, unos necesarios y otro superfluos, pero que deben ser vendidos todos en el mercado, sin esa excitación a la compra? Pero, entonces, las contradicciones no son solo culturales, son contradicciones de los valores en los que se apoya el mismo sistema tecnoproductivo.

La pérdida del ascetismo puritano es, para los neoconservadores, la causa principal de los conflictos del sistema que nos rige. De allí que el camino que vislumbran es la vuelta a una religiosidad inculcada desde la escuela, y en algunos de ellos, como Novak, ven el fracaso del protestantismo en el cumplimiento de ese cometido. Por ello postula un catolicismo defensor del sistema capitalista (¿no confirmaría esta posición la tesis del “*opio del pueblo*” de Marx?). Esta religiosidad le aportaría los valores faltantes sin poner en tela de juicio las injusticias que el sistema produce. Hay aquí un serio riesgo de que algunos sectores de la Iglesia Católica, seducidos por esta vuelta a la religiosidad en un mundo tan *secularizado*, apoyen este parche cultural sin criticar debidamente las profundas causas que dan origen a estos conflictos.

Se puede acordar con Bell el minucioso análisis que hace de los conflictos en la esfera del sistema cultural, lo que es difícil de compartir es la independencia con que analiza esta esfera respecto de la tecnoeconómica. Sin embargo es evidente que a tan fino analista no se le podía escapar las limitaciones de sus propuestas. Es por ello que campea en sus páginas un duro escepticismo que lo lleva a decir que el sistema está ante “*el más serio desafío a su supervivencia*”. Los teóricos neoconservadores tienen por delante una muy difícil tarea: dotar al capitalismo de un sólido sistema de valores morales que haga atractiva la “*revolución capitalista democrática*”, como camino de superación de las calamidades que hoy la humanidad muestra. Es necesario que logren convencernos de que ellas no son consecuencia necesaria del sistema en su etapa de *salvajismo*.

La concentración de capitales que se está operando debería ser corregible para que esa propuesta sea viable. Debería convencer a los multimillonarios que distribuyan sus riquezas (ni el hombre rico del Evangelio se atrevió a hacerlo). También debería mostrar que la frialdad en la toma de decisiones que realiza el mercado, despreciando los costos sociales, es modificable. Por otra parte, sería necesario probar que dentro de un mecanismo de mercado libre es posible *dar trabajo a todos los hombres y recibir por ello una retribución digna*, en contra de la exclusión que hoy está realizando. Por último, demostrar que un

---

<sup>13</sup> Bell, Daniel, *Las contradicciones...*, ob. cit., pág. 73.

<sup>14</sup> Mardones, José María, *Capitalismo y religión*, Sal Terrae, 1991, pág. 62.

sistema de lucro privado despiadado es compatible con una ética social de solidaridad. Cuesta creerlo, pero podemos quedar a la espera de sus demostraciones. La fe que exhiben los neoconservadores debe ir acompañada de realizaciones que, hasta ahora, no han aparecido. Faltaría agregar a este cuadro la corrupción desatada, que no reconoce fronteras y que se ha enquistado en todo el sistema político, que puede ser atribuida al hedonismo y a la descomposición moral, pero que ha tomado tales dimensiones que tornan dudosas las posibilidades de ser combatida, dentro del marco institucional actual. Dice Mardones:

La realidad -más allá de las disputas de las causas- no se pone en duda: se desvaneció la ilusión de una sociedad justa e igualitaria y nos estamos acostumbrando al “realismo” del gris mate de una cotidianidad sin horizonte moral tenso y con escepticismo producido por los “tráficos de influencia” y la corrupción en la financiación de los partidos, la especulación, etc.<sup>15</sup>

Por todo ello, y la lista podría ser mucho más larga, queda claro que la descomposición cultural que preocupa a Bell cala muy hondo en nuestro sistema de valores, esto le lleva a decir a Mardones:

Vivir vistiéndose y desvistiéndose de cara a la audiencia en el escenario de esta sociedad ¿no es un indicio de vivir del revestimiento? Al no poseer contextura propia, contenidos y vida interior, se trata de llenar o disimular este vacío con “cosas”. Por esta vía desembocamos en el doble diagnóstico neoconservador: nos hallamos ante una sociedad y una cultura carentes de tensión espiritual: No hay hondura ni interioridad, porque ésta procede de las fuentes del interior, es decir, en suma, de la religión. El minimalismo moral de la época es síntoma de la superficialidad espiritual de la cultura y los individuos.<sup>16</sup>

Esto nos está advirtiendo sobre el riesgo que implica entrar en un debate que no debe ser el nuestro. El planteo está realizado sobre la base de cómo resolver “algunas dificultades culturales” que la “excesiva” mercantilización de las relaciones sociales produce. Pero obsérvese que la concentración de la economía en pocas manos, la desigual distribución de la riqueza, la exclusión social de sectores cada vez mayores de los hombres, etc., no aparecen como cuestiones a debatir. No son problemas que a ellos les preocupen, a pesar de estar apareciendo en sus propios países, pero son para ellos “consecuencias no deseadas”, sólo marginales al funcionamiento del sistema. Es comprensible que, ubicados en confortables despachos, dentro de universidades abundantemente financiadas, vean sólo aquellas consecuencias que los afectan: la pérdida de los “valores tradicionales” que nada tienen que ver con los temas antes señalados. Lo sorprendente es poder decir qué ha pasado con la intelectualidad del mundo que calla prudentemente. En Lester Thurow podemos leer una afirmación que apunta a una crítica similar sobre el capitalismo actual:

El consumo individual se ha glorificado como el único objetivo de la ambición privada; la satisfacción personal es la única meta legítima. Para el héroe de la televisión, la muerte y todas las limitaciones reales están abolidas; no hay deberes ni sacrificios, no hay un bien común, ningún papel para la comunidad; toda conducta se presenta como legítima; los sentimientos, no las acciones, se espera que demuestren los valores. Emocíonese, no piense. Comuníquese, pero no se comprometa. Sea cínico, ya que todos los héroes finalmente se muestran frívolos... En los medios audiovisuales nadie trabaja, con la excepción de los traficantes de drogas o estimulantes. El mundo de la televisión es un mundo de consumo sin producción.<sup>17</sup>

---

<sup>15</sup> Mardones, José María, *Capitalismo y religión*, ob. cit., pág. 242.

<sup>16</sup> Mardones, José María, *Capitalismo y...*, ob. cit., pág. 162.

<sup>17</sup> Thurow, Lester C., *El futuro del...*, ob. cit., pág. 99.

## 25.- El sistema capitalista no distribuye riquezas

El sistema capitalista, pensado como un modo de producción de bienes para un mercado, ha mostrado a lo largo de los últimos doscientos años serios inconvenientes en la satisfacción de las necesidades de todos. No está en discusión su enorme capacidad de producción, lo ha hecho en cantidades como el hombre jamás había conocido. Ha demostrado poder producir en cantidades mayores aún. En este sentido puede afirmarse, sin lugar a dudas, que su superioridad ha quedado palmariamente establecida. Sin embargo no ha sabido distribuir con la misma sabiduría. El panorama de la segunda mitad del siglo XX desnuda una capacidad perversa de concentración de la riqueza en pocas manos, fenómeno que se agudizó a partir de la década del ochenta. Al mismo tiempo, y como contracara, arroja a una miseria aterradora a sectores, cada vez mayores, de la población del planeta. Los índices de pobreza, de las tres cuartas partes de la población del mundo, contrapuestos al exhibicionismo de un gasto ostentoso intolerable nos hablan de la perversión mencionada.

El sistema capitalista, como sistema de producción y distribución que busca, tras el logro de una rentabilidad privada, producir bienes para el mercado, ha demostrado su esencial incapacidad para resolver el problema de la pobreza de la enorme mayoría de la población mundial. Por otra parte, no es disparatado suponer que hay que atribuir a su modo de estructuración actual una parte importantísima de esa pobreza en aumento. Es esta incapacidad la que está demandando correcciones urgentes y profundas. El argumento del fracaso del “socialismo real” no puede dejarnos ante este “capitalismo salvaje”, según la aguda calificación de Juan Pablo II, como única alternativa. Ello equivaldría a la condena a muerte por inanición de generaciones enteras de hombres y mujeres de todos los continentes, incluidos los sectores marginados del primer mundo, que muestran ya el avance del hambre hasta sus propias puertas; a lo que debe agregarse una enorme cantidad de secuelas en las futuras generaciones.

El nivel de pobreza que muestran los informes del Banco Mundial, para la década de los noventa, está definido por una línea de 11.611 dólares anuales para una familia de cuatro miembros en los Estados Unidos, equivalen a casi 968 dólares mensuales. Es realmente sorprendente señalar que por debajo de esa línea hay en ese país casi cuarenta millones de personas, más del 10% de la población total, de la cual, a su vez, el 33% es población negra y el 28% hispánica. Es decir más de la mitad de lo pobres del país del norte no son blancos. Este es el cuadro que exhibe este modo de plantear la economía en el centro de mayor riqueza. Si comparamos con el promedio entre 100 y 150 dólares mensuales que reciben vastos sectores de la población del resto del mundo nos coloca al borde del escándalo. Esta situación se convierte en un factor de perturbación social porque todavía se mantiene en la memoria de las clases medias de los países centrales una estabilidad perdida. Durante largas décadas la población de esos países vivió en una bonanza económica y en una distribución aceptable de los ingresos. A partir de la década del setenta las desigualdades comenzaron a acentuarse y a intensificarse. Un informe de la Reserva Federal nos dice que el 1% de las familias (834.000) más ricas de los Estados Unidos acumulan la misma riqueza que el 90% del estrato inferior (84 millones de familias).

Llegados los años noventa las brechas ya mostraban situaciones extremas. El 1% de la población de los países desarrollados recibió el 90% de la masa de los *incrementos de ingresos*. La remuneración de un director ejecutivo, de cualquiera de las empresas multinacionales líderes del mundo pasó de ser 35 veces mayor que el ingreso de un trabajador medio a 150 veces ese ingreso. Por otra parte, ese deterioro de los ingresos de una familia promedio se refleja en que la capacidad de compra está cayendo en forma alarmante. En Estados Unidos el ingreso del 32% de la franja de edad que va entre los veinticinco y treinta y cinco años está por debajo de las posibilidades de mantener una familia. Y comparando los ingresos de la

década del sesenta, final de los *años dorados*, con los de la década del noventa, nos encontramos con que hoy hacen falta cuatro sueldos para lograr el nivel de vida que se conseguía con uno solo<sup>18</sup>.

Estas diferencias también se acentuaron entre países. Se profundizaron las diferencias salariales entre trabajadores de una misma rama de la producción, que ocupan puestos similares. Esto también explica el fenómeno de las grandes masas de migraciones desde las zonas más pobres hacia los grandes centros. Las cifras muestran un movimiento migratorio que se desplaza de la periferia hacia el centro, hacia los países desarrollados. La migración comenzó, hace ya tiempo, a convertirse en un problema grave, por los conflictos que crea y las desigualdades sociales que pone al descubierto. Por otra parte los Estados de los países centrales que muestran síntomas graves de desfinanciamiento, se encuentran con las dificultades de tener que atender a sectores sociales de migrantes pobres, cada vez mayores, que generan la mayor parte de la demanda de salud, educación y protección social. En esta etapa caracterizada por el retiro del Estado de esas funciones la demanda se torna crítica y conflictiva. Puede estar anunciando desbordes sociales y esto no es tolerado por una clase media y alta acostumbradas a largos años de paz social. De allí las declaraciones tan duras de los dirigentes políticos que se convierten en la voz de esos sectores. Se está produciendo un corrimiento hacia lo que podríamos denominar con un término, un tanto gastado, una “derechización” de sectores sociales ligados generalmente al liberalismo.

Para salirle al paso a este fenómeno social, una parte de los “halcones” norteamericanos están amenazando con un “muro”, pero esta vez, en la frontera con Méjico. John Kenneth Galbraith, profesor de Harvard, decía en una entrevista<sup>19</sup>: “*La resolución que ha promulgado el estado de California por la que se prohíbe la educación para los hijos de inmigrantes ilegales me parece absolutamente descabellada... Para los americanos, la migración del norte de Europa en el siglo pasado... fue buena. Y dicen que las actuales son malas*”. Es evidente que un “liberal” (debe atenderse al especial significado que esta palabra tiene en aquel país, equivalente a una izquierda moderada) como Galbraith, ya cerca de los noventa años, conserva la candidez y la espontaneidad de la época del “New deal”. Hoy los neoliberales y sus representantes extremos (el fundamentalismo republicano) no comparten sus ideas. Olvidándose que todos ellos son hijos de inmigrantes, muchos también ilegales, se sienten dueños de una tierra que no están dispuestos a compartir con los “*sudamericanos ignorantes y sucios*”, como si sus antepasados hubieran sido algo muy diferentes.

En este mismo orden de cosas, en España se va a invertir doscientos millones de dólares para equipar la zona de Gibraltar con la tecnología más avanzada: radares, cámaras de infrarrojo, rayos láser. El objetivo es detectar la inmigración ilegal proveniente del norte de África. Se ha hablado de “blindar” la entrada para impedir el ingreso. En el país del norte se habla de un “muro”, en España de “blindar” la frontera. Pronto se planteará el mismo problema en la otra frontera europea, la que limita con los países del Este y Turquía. El rebrote del racismo en esa zona responde, a mi entender, a estas mismas causas. Para graficar la magnitud del problema podemos leer a Lester Thurow:

Si bien existe una gran incertidumbre acerca del futuro crecimiento demográfico del mundo, hay una total seguridad acerca de los desplazamientos masivos de población que ahora están teniendo lugar desde el Tercer Mundo hacia las naciones del mundo desarrollado. En los años ochenta, ingresaron legalmente a los Estados Unidos 7.900.000 personas y otras 7.300.000 en el resto del primer Mundo. En 1992 se calcularon 3.400.000 extranjeros ilegales... viviendo en los Estados Unidos. En la década presente la inmigración se aceleró y, hacia 1995, el 9% de todos los norteamericanos

---

<sup>18</sup> Este tema está tratado con mucho más detenimiento en mi trabajo *El capitalismo en la etapa de la globalización*, ob.cit.

<sup>19</sup> Aparecida en el diario Clarín el 4-8-96.

había nacido en el extranjero... Dentro del Tercer Mundo, millones de personas se están desplazando de países algo más pobres a naciones algo más ricas. Además hay 23.000.000 de refugiados en el mundo. En conjunto, 100 millones de personas viven fuera del país donde nacieron.

20

Veamos ahora cómo este economista norteamericano percibe el fenómeno, con lo que demuestra que es capaz de levantar la mirada por encima de los simples “factores de mercado”, no común entre los hombres que cultivan esa disciplina en nuestro país. Dice en la página siguiente:

Pero lo más importante es que por primera vez en la historia de la humanidad los medios electrónicos han creado un mundo donde, incluso aquellos que viven en aldeas más primitivas, ven regularmente en la televisión los niveles de vida de los que habitan en las regiones más ricas del globo. El estilo y los niveles de vida de las familias reflejadas en la televisión están muy por encima de los de la familia norteamericana promedio, pero la gente que las observa en la televisión cree que lo que ve existe para el término medio de los norteamericanos.

Lo que viene a señalar es una consecuencia no buscada de la publicitación mundial del *american way of life* (el modo de vida americano) llevado a cabo por todos los medios de comunicación del país del norte. La confesión de que el nivel de vida mostrado no corresponde al hombre medio norteamericano es muy interesante en boca de este investigador, porque hoy se ha vuelto en contra de ese país, según él. Y respecto a lo que señalaba más arriba, acerca de cómo los dirigentes se convierten en los portavoces de los sectores sociales afectados por la inmigración, aparece un dato de las elecciones francesas de 1995. El candidato de extrema derecha Jean-Marie Le Pen obtuvo el 22% de los votos de la clase obrera de las zonas industriales de Francia y un 15% en conjunto, sobre la base de anunciar una *dura política de expulsión* de más de tres millones de inmigrantes. No debe olvidarse, frente a estos datos, la vieja tradición socialista de la clase trabajadora francesa. Pero ante una competencia por puestos de trabajo, que están haciendo disminuir los salarios, se produce un enfrentamiento entre sectores menos favorecidos de la población, una lucha de pobres contra pobres. La opinión pública europea se ha corrido a la derecha. Los países desarrollados, y los que están en mejores condiciones que los más pobres, están siendo escenario de un enfrentamiento entre los sectores más pobres de la población. La lucha de pobres contra ricos se ha sorprendentemente desplazado a una lucha entre pobres, por la obtención de las sobras del *gran banquete social*, del cual muy pocos participan. Volvamos a Thurow:

Nadie puede saber exactamente qué sucederá en nuestra sociedad si la desigualdad continúa en aumento y una gran mayoría de nuestras familias experimentan una caída de los salarios reales. Pero justo es suponer que si el capitalismo no ofrece salarios reales crecientes para una mayoría de sus participantes, en un período en que la economía se está expandiendo, no mantendrá durante largo tiempo la adhesión de la mayor parte de la población. Del mismo modo, si el proceso político democrático no puede remediar lo que está generando esta realidad capitalista, con el tiempo también se habrá desacreditado. Un gran grupo de votantes con una hostilidad cambiante, que no obtiene beneficio del sistema económico y no cree que el gobierno se preocupe, no es una receta para el éxito político ni económico.<sup>21</sup>

Tal vez, a esta altura de la lectura, convendría volver a decir que Thurow habla de los Estados Unidos, pero sus palabras calzan a la perfección en nuestro país y en el resto de América Latina. Las diferencias de ingresos que en aquel país se están agudizando y se manifiestan en el conflicto social como un conflicto racial. Puesto que las diferencias de ingresos entre blancos, negros y latinoamericanos son cada vez

---

<sup>20</sup> Thurow, Lester, *El futuro del capitalismo*, Javier Vergara Editor, 1996, pág. 106.

<sup>21</sup> Thurow, Lester, *El futuro...*, ob. cit., pág. 284.

mayores. Los negros, con una tradición cultural más homogénea y con una historia de luchas recientes, perciben esta situación como una guerra contra su raza. Esta campaña contra los pobres, se vista del ropaje que sea, se manifiesta claramente en la *Proposition 187* del Estado de California que apunta directamente contra los inmigrantes, sean legales o ilegales, por ella se les niega asistencia estatal en educación, en servicios sociales, en derechos jurídicos, se los convierte en *no ciudadanos*, casi al nivel de los *ilotas* de la Grecia Clásica. Otro tanto puede decirse del *Contract with America* mediante el cual se proclama que los que son pobres lo son por ser haraganes. La preocupación de Thurow es tan extrema que lo lleva a decir:

Si bien es de esperar que las emociones que se liberan sean diferentes a las de la ex Yugoslavia, las acusaciones que se hacen actualmente son un eco de las de Yugoslavia. Para ser una “verdadera nación”, los serbios tienen que limpiar sus tierras de croatas, bosnios musulmanes, albaneses y macedonios. Ellos protegen el mundo cristiano de la penetración musulmán pero luchan con el mismo encarnizamiento contra sus discípulos cristianos: los croatas. Del mismo modo, los Estados Unidos van a ser limpiados de los pobres, de las madres solteras, los inmigrantes y aquellos que no pueden mantenerse sin la ayuda de la acción afirmativa para convertir a los Estados Unidos en lo que míticamente solía ser... A nadie debería sorprender que, a medida que la amenaza del socialismo se desvanece, el nivel de desempleo tolerado para combatir la inflación aumenta, las desigualdades en el ingreso y la riqueza se amplían rápidamente, y crece el abandono del lumpenproletariado por parte del sistema económico. Estos fueron los problemas del capitalismo cuando nació. Son parte inherente al sistema.<sup>22</sup>

Para el lector sorprendido con estas palabras conviene recordar quién es este intelectual. Fue Decano hasta hace muy poco de la *Sloan Business School del Massachusetts Institute of Technology*, famoso por su sigla: MIT, en el cual es, además, profesor de Economía. Podría decirse que es la elite de *Harvard*. Es hombre de consulta de los “centros de decisión” y colaborador de la influyente revista *Newsweek*, también miembro del Consejo Editorial del *New York Time*. Todo ello lo convierte en un importante intelectual de los centros de poder políticos norteamericanos ligado al partido demócrata. Estos antecedentes le otorgan una autoridad indiscutible y convierte su palabra en una especie de advertencia sobre lo que está ocurriendo en aquel país y en el mundo entero. Creo que las citas merecen ser releídas atentamente porque dejan mucho para pensar.

## 26.- La concentración económica

El proceso de la globalización que intercomunica a todas las zonas del planeta, que permite estar informado simultáneamente sobre hechos en lugares distantes y que nos pretende convertir en “ciudadanos universales”, por encima de ser hombres de un país, de una identidad cultural, parece ser un fenómeno irreversible, aunque esto no debe ser una aceptación del triunfo de las *modalidades* que ha ido imponiendo. Conviene, aquí, hacer una distinción entre dos conceptos que se usan indistintamente: mundialización y globalización. El primero hace referencia a un proceso de expansión de la cultura y la economía europea hacia el resto del planeta; esto comenzó en el siglo XVI con la conquista y colonización de América. El segundo debe ser entendido según Manuel Castells como “una economía... en donde todos los procesos trabajan como una unidad en tiempo real a lo largo y ancho del planeta. Esto es, una economía en la que

---

<sup>22</sup> Thurow, Lester, *El futuro ...*, ob. cit., pág. 285.



*el flujo de capital, el mercado de trabajo, el mercado, el proceso de producción, la organización, la información, y la tecnología operan simultáneamente a nivel mundial*<sup>23</sup>.

No hay dudas de que esto aporta ventajas innegables al posibilitar una comunión internacional, borrar diferencias que sólo las “imaginarias fronteras políticas” colocaban. A pesar de ello, o tal vez a causa de ello, se están exacerbando diferenciaciones y enfrentamientos regionales, y hasta tribales y étnicos, que fracturan al mismo tiempo los espacios culturales forjados por el estado-nación. Es cierto que la configuración de esta forma política, el *Estado Nacional*, es obra de los intereses combinados de las monarquías europeas y de las burguesías en ascenso, a partir del siglo XVI, cuyas necesidades políticas y económicas exigían encerrar dentro de fronteras un territorio propio. Para su logro se violentaron particularidades regionales con fuertes expresiones culturales, pero también es necesario señalar que ese proceso de más de cuatro siglos había constituido espacios culturales reales, que en muchas partes funcionan como la unidad nacional, con modalidades culturales propias.

También es necesario reconocer que no todas las formas nacionales consiguieron consolidar una unidad, piénsese en España, Yugoslavia, Reino Unido, etc., y que durante estos últimos siglos siguieron latiendo sentimientos independentistas que comienzan a aflorar con mucha virulencia. Sobre estos temas nos llama la atención Thurow. Porque esta globalización está vaciando de “poder” a los aparatos estatales, convirtiéndolos en meros administradores de políticas cuyos verdaderos puntos de decisión se ubican en los *centros del poder*. Entonces, estamos ante un proceso superficial de unificación cultural, pero por debajo de él avanzan situaciones conflictivas, muchas de las cuales ya han estallado. Esto debemos retenerlo como dato para cuando nos metamos en los requerimientos de un nuevo modelo institucional, allí deberán conjugarse la *universalidad del conocimiento* con la *particularidad cultural* sin detrimento de ninguna de las dos expresiones. La cultura, como manifestación de las formas de ser de un pueblo, requiere de esas particularidades puesto que lo humano es el *reino de la mayor diferencia*, de la mayor individuación, tanto en lo personal como en las formas de ser de los pueblos, *verdaderas identidades*. Pero al mismo tiempo la cultura es el mayor desarrollo de la conciencia que pretende abarcar la universalidad humana.

La internacionalización de la economía, la mundialización del mercado, coloca fuera del ámbito de la jurisdicción estatal una parte cada vez más importante de las decisiones económicas, decisiones que en esta última mitad de siglo han sustituido a la decisión de tipo político, fundamentalmente a las del ámbito nacional. Hoy la política de los estados se decide en el ámbito empresario privado internacional. Estas decisiones, tomadas fuera del marco legal de control nacional, quedan habilitadas para actuar con el “salvajismo” más extremo, ya que sólo atienden a sus objetivos de lucro, sin detenerse en las consecuencias sociales a las que dan lugar. Esta internacionalización de las economías y de las inversiones (que ya no tienen bandera aunque sus centros de decisión esté en los países centrales, esto es importante para comprender el proceso de la mundialización) también la están padeciendo los países del norte, aunque, por supuesto, no con la virulencia con la que se la sufre en los países más desprotegidos.

Es sorprendente escuchar en los Estados Unidos argumentos utilizados en América Latina en la década de los ‘70, sobre las consecuencias de la inversión extranjera. Cita un economista de la OCDE, Luis de Sebastián<sup>24</sup>, un libro de Martin y Susan Tolchin editado en Nueva York en 1988 cuyo sorprendente título es “Buying into America. How Foreign Money is changing the Face of our Nation”<sup>25</sup>, y el solo título ya nos está hablando de una advertencia que se hacen a sí mismos. Esta dependencia macroeconómica también

---

<sup>23</sup> Castells, Manuel, *Flujos, Redes, e Identidades: una Teoría crítica de la Sociedad Informacional*, en *Nuevas perspectivas críticas en educación*, Editorial Paidós, 1997, pág. 37-8.

<sup>24</sup> de Sebastián, Luis, *Mundo rico, mundo pobre*, Sal Terrae, 1992, pág. 34.

<sup>25</sup> “Comprando dentro de América. Cómo el dinero extranjero está cambiando la cara de nuestra nación”.

están empezando a padecerla países como Alemania y Japón, sobre todo este último, aunque todavía en proporciones muy pequeñas, por el efecto de las conductas de los inversores especuladores. Éstos operan como verdaderos *halcones* sobre los mercados bursátiles. Pero es que los objetivos del *dinero internacional* no pueden verse atados a *condicionamientos nacionales*, sobre todo cuando, convertido en *dinero electrónico*, es de una volatilidad instantánea. Dice John Holloway, profesor de las universidades de Edimburgo, Escocia y de Puebla, México:

Durante las últimas décadas se ha dado un auge del capital financiero y de los bancos. Cambió la forma de existencia del capital. *Éste se ha retirado en gran parte de la inversión en la producción para invertir en los mercados financieros donde hay ganancias más altas.* Esta conversión del capital productivo en capital dinero tiene una fuerza enorme en todo el mundo porque el capital se puede trasladar rápidamente de un lado a otro, *lo que genera presiones nuevas en todos los Estados para crear condiciones atractivas para la inversión.* De ahí surge la tendencia entre los Estados por ver *cuál se postra más eficazmente ante el capital.*<sup>26</sup> (subrayados míos)

La reciente crisis del sudeste asiático es prueba elocuente de ello. Es probable que se sustraigan a esta *influencia depredadora* países de mercados que todavía se mantienen *parcialmente* globalizados como la India, China continental o, por razones diferentes, los Estados Unidos, pero es muy difícil pronosticarlo. Tal vez estemos frente a la mayor crisis del capitalismo mundial. Pero aquellos que dependen de la inversión extranjera, no tienen ya posibilidades de formular políticas autónomas, y esto en mayor medida cuanto más integrados al mercado mundial estén. Volvamos a Thurow:

Una economía global crea una desconexión fundamental entre las instituciones políticas nacionales y sus estrategias para controlar los hechos y las fuerzas económicas internacionales que tienen que ser controladas. En lugar de un mundo donde las políticas nacionales orientan a las fuerzas económicas, la economía global crea un mundo en el cual las fuerzas económicas extranacionales dictan las políticas económicas nacionales. Con la internacionalización, los gobiernos nacionales pierden muchos de sus recursos tradicionales de control económico.<sup>27</sup>

No debe olvidarse quien está diciendo esto. Otro tanto dice Luis de Sebastián en el libro citado, sobre España (cuanto más podríamos decir de América Latina, pero sin las ventajas de la Comunidad Económica):

Ya se puede notar en la práctica de la gestión pública española cuantas competencias se han traspasado a Bruselas, es decir, a los centros de decisión y control de la Comunidad Europea. La política macroeconómica (inflación, déficit fiscal, creación de la masa monetaria, etc.) está controlada por el Consejo de Ministros de Finanzas comunitarios y por el Consejo de Bancos Centrales, que son los principales garantes de la convergencia de las políticas macroeconómicas hacia la que se considera más adecuada para la estabilidad y el crecimiento, que es la de Alemania. En otros términos, como en la política de migración y seguridad, está determinada por el Tratado de Schengen; y así otros casos.<sup>28</sup>

Los países dentro de este proceso, y en la medida en que no se intentan caminos alternativos, no tienen otra salida, en el corto o mediano plazo, que integrarse, donde puedan o donde se lo permitan los poderosos. Sin embargo, esta referencia de de Sebastián se enmarca en la *Comunidad Económica Europea*, que está funcionando como un bloque que, en cierta manera, se está defendiendo de las consecuencias de la globalización norteamericana. No es nuestro caso. Esta integración al proceso del capitalismo global no

---

<sup>26</sup> Kohan, Néstor, "El destrabajo, del Japón a la Patagonia", diario Clarín, Suplemento Zona, 29-8-99, pág. 14.

<sup>27</sup> Thurow, Lester, *El futuro...*, ob. cit. pág. 140.

<sup>28</sup> de Sebastián, Luis, *Mundo rico, ...*, ob. cit., pág. 35.

debe pensarse como una opción a elegir, sobre todo para los países periféricos. Los términos de la estructuración del mercado global van cerrando los caminos a cualquier otra opción. Es sorprendente que una persona que ha amasado una fortuna, de cifras inimaginables para el hombre de la calle, como es la de George Soros, un financista internacional que logró ganarle en una sola operación dos mil millones de dólares al Banco de Inglaterra, hable del proceso global en estos términos:

La analogía del imperio está justificada porque el sistema capitalista global gobierna efectivamente a quienes pertenecen a él, y no es fácil abandonarlo. Por otra parte, tiene un centro y una periferia, exactamente igual que un imperio, y el centro se beneficia a costa de la periferia. Pero lo más importante es que el sistema capitalista global exhibe algunas tendencias imperialistas. Lejos de buscar el equilibrio, está empeñado en la expansión. No puede descansar en tanto exista algún mercado o recurso que permanezca sin incorporar. En este sentido, presenta escasas diferencias con respecto a Alejandro Magno o Atila el huno, y sus tendencias expansionistas bien podrían dar como resultado su propio desmembramiento. Cuando hablo de expansión, no me refiero a términos geográficos sino a influencia sobre la vida de las personas.<sup>29</sup>

Cuesta salir del asombro de que sea Soros quien diga estas cosas. No porque sean novedosas, sino porque es él uno de los que operan dentro de este esquema del capitalismo global y aprovecha la movilidad del *dinero electrónico*, propia del mundo globalizado de las finanzas, para sus enormes ganancias. Se puede pensar que habiendo llegado a manejar un enorme capital hoy teme la inestabilidad del sistema, por la posibilidad de pérdidas que pudiera sufrir. Veamos cómo ha funcionado el mercado financiero. El incremento del volumen del movimiento internacional del dinero, en su mayor parte *dinero electrónico*, lo muestran estas escalofriantes cifras: en 1987 se desplazaron tras los mejores negocios una masa de dinero proveniente de Fondos de Pensiones, de Mutuales, de Compañías de Seguro y de instituciones financieras, en general, del orden de los 2.400 millones de dólares, a mediados de la década siguiente esa cifra había trepado a 180.000 millones de la misma moneda, equivale a decir 75 veces más. Estas cifras muestran la transformación de la economía mundial, en la cual aparece una actividad que va ganado terreno como lo es la financiera especulativa<sup>30</sup>. También se han agregado a este panorama las inversiones “a futuro”, se trata de negocios que especulan con el comportamiento de las monedas, acciones de bolsa, bonos de los tesoros de Estado, mercancías, etc., o combinaciones de ellos. En 1993 este tipo de operaciones alcanzaba la cifra de 2 billones de dólares, en el año siguiente llegó a 16 billones y en 1995 a 35 billones, no tengo cifras posteriores, pero es de pensar que ha seguido creciendo. Estas cifras permiten comprender los riesgos que se asume en una *economía virtual* y el por qué, posible, de las advertencias de George Soros. Estas operaciones del *hot money* atentan contra la estabilidad de las empresas productivas y dan una idea de lo que ha ocurrido en el sudeste asiático y en Rusia.

Esta internacionalización ha producido una enorme concentración de las actividades económicas. El informe de *Desarrollo Humano de las Naciones Unidas* de 1999 nos da a conocer que se ha llegado a estas cifras: el 20% más rico de la población mundial produce y se beneficia con el consumo del 86% del valor económico de la riqueza total, mientras que el 80% restante se reparte el 14% de esas riquezas. De ese 14% de riquezas, el 20% más pobre de la población sólo recibe el 1,3% del total. Sobre una población total de 6.000 millones de habitantes 2.600 millones carecen de saneamiento básico y 1.100 no tienen una vivienda aceptable. Para poder hacer algunas comparaciones del proceso de concentración se pueden leer estas cifras: la relación de ingresos entre el 20% más rico y el 20% más pobre de la escala era en 1960 de 30 a 1, en 1998 se extendió a 74 a 1. Otro tipo de datos nos dice que mirando la producción bruta (PB) mundial

---

<sup>29</sup> Soros, George, *La crisis del capitalismo global*, Editorial Sudamericana, 1998, pág. 135-6.

<sup>30</sup> En el apartado N° 29 veremos la historia de la creación de esa masa financiera.

podemos señalar que las 200 empresas multinacionales más grandes participan con el 33% del total, si miramos las 500 empresas más grandes esa cifra se estira al 45%. Lo que equivale a decir que casi la mitad de lo que se produce en el mundo está en manos de esas 500 empresas. Como contrapartida a esos índices, hoy los países desarrollados tienen unos 800 millones de desocupados o subocupados. Mirando otras informaciones hay cifras que indignan: los Estados Unidos y Europa juntos gastan en alimento para mascotas domésticas por año una cifra que sería necesaria para dar alimento y salud a los niños con hambre del mundo, unos 17.000 millones de dólares.

En otro orden de cosas, el 80% de las exportaciones mundiales provienen de los países desarrollados y la mitad de ellas de Estados Unidos, Japón y Alemania. En sus tres cuartas partes corresponden a intercambios comerciales entre los veinticuatro países miembros de la *OCDE* y nada más que el cuarto restante al resto de los países del mundo. La velocidad del deterioro social convierte a las estadísticas en material rápidamente descartable. Los informes del *Banco Mundial* muestran el avance en la profundización de este proceso de concentración y exclusión. La idea, ampliamente difundida, de que las multinacionales prefieren los países periféricos para establecerse no encuentra asidero en los hechos, los datos demuestran que los Estados Unidos, Japón y la Comunidad Europea reciben el 81% de las inversiones de esos colosos internacionales y más de la mitad de ese porcentaje fue a instalarse en los Estados Unidos. Esta preferencia reconoce, entre otras razones, el deterioro del poder sindical que no logró impedir una flexibilización extrema. Esta flexibilización no se dio en la misma medida en Europa<sup>31</sup>. Esto no desmiente que las multinacionales inviertan en países que les ofrezcan *seguridades legales y laborales* en el mundo subdesarrollado (las tan discutidas “seguridades jurídicas”, seguridades para los dueños del capital que son contradictorias con las “seguridades laborales” que se están perdiendo por vía de las flexibilizaciones). Dentro de los países periféricos han preferido el sudeste asiático por las ventajas comparativas que otorgan, pero esas inversiones son sólo una parte dentro del total. Los datos demuestran que prefieren abrumadoramente la inversión en países ricos. Sin embargo, a pesar de ello, las investigaciones pueden demostrar que la concentración económica también se produce en el seno mismo de los grandes países del norte. Jeremy Rifkin puede afirmar al respecto:

Menos del 0,5% de la población americana ejerce actualmente un poder sin precedentes sobre la economía, lo que repercute en más de 250 millones de ciudadanos americanos. Esta pequeña élite posee el 37,4% de la totalidad de los activos empresariales privados de los Estados Unidos. Por debajo de los más ricos existe una pequeña clase alta formada por el 4% de la población trabajadora... Principalmente está formada por los nuevos profesionales, los analistas teóricos especializados o los trabajadores con grandes conocimientos que gestionan la nueva información económica basada en la alta tecnología. Este pequeño grupo... recibe una cantidad equivalente al grupo inferior formado por el 51% de los trabajadores... Los ingresos de las clases más altas siguen creciendo a un ritmo de un 2 a un 3% por encima de la inflación cuando los ingresos del resto de los trabajadores continúan disminuyendo.<sup>32</sup>

A partir de 1980 en los Estados Unidos se produjo un considerable aumento de la rentabilidad debido a que la tecnologización, consecuencia de la *revolución informática inteligente*, alcanzó a vastos sectores de la producción. Este incremento de la riqueza se distribuyó en forma tan desigual que el 5% más rico se vio beneficiado por el 90% de ese aumento, y el resto de la población americana recibió tan solo el 10% restante. Este 95% mostró también que los sectores sociales más beneficiados se quedaron con una proporción mucho mayor que el resto. Para poder comprender más en detalle este proceso debemos tomar debida nota

---

<sup>31</sup> Consultar mi trabajo *El capitalismo en la etapa de la globalización*, ob. cit.

<sup>32</sup> Rifkin, Jeremy, *El fin del trabajo*, Editorial Paidós, 1996, pág. 211.

de que, para fines de los años sesenta, se había producido la finalización de un ciclo de acumulación capitalista. Podríamos intentar caracterizarlo como el *agotamiento* de un sistema de producción, que se había basado en el *modelo fordista*, y que contaba con *recursos e insumos muy baratos* como el petróleo, que sufrió un salto de su costo a partir de la crisis del petróleo (1973)<sup>33</sup>. Los procesos de producción en masa, el tamaño y la rigidez de las organizaciones empresariales, contratos de trabajo *poco flexibles*, muestran su incapacidad para enfrentar la nueva etapa capitalista. Ésta puede ser denominada la *Tercera Revolución Industrial*, que voy a analizar más adelante<sup>34</sup>.

## 27.- El espíritu del mundo moderno

El crecimiento de la actividad económica fue uno de los síntomas de los cambios que se estaban dando en la Europa Moderna, este crecimiento estuvo acompañado por una incentivación y desarrollo de la actividad científica. Los siglos XVI y XVII prometían descubrimientos deslumbrantes y así sucedió. Como no se había conocido hasta entonces la navegación cruzó los océanos en pos de tierras desconocidas; el firmamento dejó de ser la esfera de cristal que sostenía a los astros, y sus movimientos fueron explicados y preestablecidos con exactitud matemática. Avances en todos los campos del saber sometieron la naturaleza a la voluntad humana; los siglos XVIII y XIX multiplicaron esos prodigios al infinito, ya nada podía escapar a la “razón humana” y ésta prometía un futuro eterno de progreso imparable, en el que cada día sería mejor y más feliz que el anterior. La mejor expresión de este optimismo está reflejada en este párrafo del *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* del matemático, filósofo y político francés Marie Jean Antoine Nicolás de Caritat, Marqués de Condorcet (1734-1794), leamos:

Este es el objeto de la obra que he emprendido, y cuyo resultado será demostrar, mediante los hechos y el razonamiento, que la naturaleza no ha puesto límite alguno al perfeccionamiento de las facultades humanas; que la perfectibilidad del hombre es realmente infinita: que los progresos de esta perfectibilidad, de ahora en adelante independientes de la voluntad de quienes desearían detenerlos, no tienen más límites que la duración del globo al que la naturaleza nos ha arrojado. Indudablemente, esos progresos podrán seguir una marcha más o menos rápida, pero tiene que ser continuada y jamás retrógrada.<sup>35</sup>

Desconcierta al oído del hombre de hoy tanto optimismo, esa fe inquebrantable en el futuro, esa certeza de que de allí en más ya nada podrá detener un progreso indefinido. Pues bien esa promesa no se ha cumplido y abona la desesperanza del hombre de hoy<sup>36</sup>. Si fueron necesarios tantos siglos para salir de la conciencia de que la tierra era “un valle de lágrimas”, que había que padecer para merecer una vida posterior feliz, como el medioevo aseguraba; que el tiempo cíclico repetía la misma historia, una y otra vez, inexorablemente; que “la edad de oro”, perdida en un pasado remoto, hacía vivir en un mundo en constante decadencia respecto de aquel pasado; parecía ahora todo olvidado por un espíritu de certeza incommovible que auguraba un futuro en constante progreso.

Tras tantos siglos de sometimiento y explotación el hombre grita su himno de libertad en las postrimerías del siglo XVIII, “A los hijos de la Patria el Día de Gloria ha llegado” entonan en la *Marsellesa*

---

<sup>33</sup> En el apartado N° 29 veremos las características de esta crisis.

<sup>34</sup> Consultar el apartado N° 31.

<sup>35</sup> Condorcet, Jean Antoine, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Editorial Nacional, 1980, pág. 82.

<sup>36</sup> Este tema está tratado con más detalle en mi trabajo *El capitalismo en la etapa de la globalización*, EDIUNS, 1998.

y pocos días después, el 26 de Agosto de 1789, los “ciudadanos del mundo” saltarán alborozados por la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, era el punto de partida de una era de libertad para todos. De allí se desprendería el *sufragio universal* que consolidaría esa igualdad para “*todos los ciudadanos sin distinción*”. Esta alegría se vio muy pronto frustrada, la *Asamblea Constituyente* estableció mediante la ley del 22 de Diciembre del mismo año el sufragio restringido, sólo podrían votar los *varones*, de ellos sólo los *propietarios*. Las feministas francesas decían “somos aptas para ir a la guillotina pero no para votar”. También quedaban excluidos del voto los *hombres de color*, y al poco tiempo el endurecimiento de la burguesía mostró claramente que los derechos eran los del hombre “blanco y propietario”. Esta nueva restricción a los derechos se vería luego confirmada por una igualdad ante la ley que mediría con distinta vara a pobres y ricos.

La burguesía accedía al poder y en su ejercicio desnudaba sus verdaderos intereses. Había luchado por la libertad pero ella se reducía a la *libertad de comercio* que necesitaba para el logro de su fin superior: el sagrado lucro. Había luchado por la igualdad pero esta lucha encubría que lo que pretendía realmente era la igualdad de derechos con las clases nobles para explotar a los desposeídos. Refiriéndose a este aspecto del acceso al poder de la burguesía se va a expresar Carlos Marx en el Manifiesto Comunista de 1848 en estos términos:

Todas las ligaduras multicolores que unían el hombre feudal a sus superiores naturales las ha quebrantado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre hombre y hombre que el frío interés, el duro pago al contado. Ha ahogado el éxtasis religioso, el entusiasmo caballeresco, el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha sustituido las numerosas libertades tan dolorosamente conquistadas, con la única e implacable libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, directa, brutal y descarada.<sup>37</sup>

La burguesía moderna ha destronado un mundo de valores y ha entronizado otro mundo de valores. En este nuevo mundo vamos a encontrar a un hombre con otro talante, otro modo de enfrentar la vida y el destino, mucho más seguro de sí. Veamos al “hombre burgués” tal como se presenta a partir del siglo XVI. Aquí nos encontramos con un término que puede sonar irritativo pero que expresa adecuadamente la encarnación de la profundidad esencial del “espíritu del capitalismo” según la expresión de Max Weber, o como diría Werner Sombart “el alma del capitalismo”. Este modo de ser no es ya de uso exclusivo de un sector o clase social, ha impregnado todo el cuerpo social, ha teñido la cultura de este siglo con sus valores. Aquello que sorprendía a Alexis de Tocqueville (1805-1859), cuando visitó los Estados Unidos de América, porque allí todos los ciudadanos “calculaban, pesaban, computaban” ya no sorprende a nadie, hoy es regla de comportamiento del común de la gente. La mentalidad calculadora domina las relaciones personales, la amistad, la vecindad, el compromiso tiene siempre alguna dosis de cálculo de interés. Diez siglos de medioevo fueron transformados en dos siglos por el capitalismo moderno, el hombre medieval era suplantado por el pequeño burgués de la comuna aldeana, y éste por el burgués moderno. Emmanuel Mounier lo describe, *describiéndonos*, de este modo:

Cada uno de nosotros lleva en sí mismo una mitad, un cuarto, un octavo o un décimo de burgués, y el burgués se irrita dentro de nosotros como un demonio dentro de un poseso. Entendámonos: no se pasa la frontera del burgués con una determinada cifra de rentas. El burgués frecuenta todas las latitudes, todos los ambientes... El pequeño burgués no posee los signos externos ni las facilidades del rico, pero toda su vida está en tensión hacia la adquisición de unos y otras. Sus valores son los

---

<sup>37</sup> Marx, Carlos y Engels, Federico, *Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Crítica, 1978, pág. 169.

del rico, achaparrados, desfigurados por la envidia. No es rico solamente quien tiene mucho dinero. Es rico el pequeño empleado que se ruboriza de su traje raído, de su calle.<sup>38</sup>

Pasa luego a ofrecer una definición del burgués:

... un tipo de hombre completamente vacío de toda locura, de todo misterio, del sentido del ser, del sentido del amor, del sufrimiento y de la alegría, consagrado a la felicidad y a la seguridad; barnizado, en las zonas más altas, de una capa de cortesía, de buen humor, de virtudes de la raza; pero por debajo emparedado entre la lectura somnolienta del periódico, las reivindicaciones profesionales, el aburrimiento de los domingos y días festivos, con la sola obsesión, para ponerle remedio, del último disco o de la última noticia escandalosa.<sup>39</sup>

Ese burgués que habita en el hombre actual no tiene grandes proyectos, no tiene grandes esperanzas fuera de la acumulación de la mayor cantidad de dinero posible, su futuro es una repetición tediosa del presente, su ambición tener una casa mejor, un automóvil más lujoso o deportivo, su meta ascender en la escalera del status social, su mayor aspiración tener la mejor imagen posible, adornada de ropa costosa o cirugías rejuvenecedoras, su preocupación ser exitoso y envidiado. Este rosario de propósitos tan mezquinos, que alcanzados demuestran no brindar mayor satisfacción que la evanescente alegría superficial del momento, va dejando un profundo vacío interior, lleno de insatisfacciones durables, trascendentes, y ante ello el corazón no perdona y reclama incesantemente, y desde lo profundo dice sordamente que ese no es el modelo de vida que apetecía. La negación a escuchar esos reclamos sume en una chatura desconsoladora, tanto por la falta de satisfacción como por el hartazgo; en esa angustia aparece la desesperanza, el escepticismo.

El puritanismo de Franklin ha quedado atrás, pero sus consejos de hacer mucho dinero carecen ahora del trasfondo religioso que tenía en el siglo XVIII; lo que era un modo de descubrir si se era un “elegido”, se vació de contenido y se redujo a una mera búsqueda de consumo y felicidad instantánea. El instrumento se convirtió en el fin. La llave que abría las puertas del cielo, descubrir que se era un “elegido”, perdió su magia. De tanto mirar la llave se olvidó para qué se la tenía en la mano. La llave creadora de riquezas como signo del cielo prometido, se convirtió en un fin en sí mismo, agotó el contenido trascendente y se arrogó el cumplimiento de la “promesa”. La riqueza por sí misma fue la garantía de la felicidad terrena.

## 28.- *El alma tecnológica*

Si bien el vacío, el sin sentido fue ganando el alma humana, la ciencia y sus resultados aplicados en tecnologías de producción continuaron su camino de progreso. La exaltación de Condorcet se mantuvo en el terreno del avance científico. Estamos en plena era de la ciencia y la técnica, de eso no hay duda. El 90% de los hombres dedicados a la ciencia y a la investigación que han existido a lo largo de la historia del hombre viven en la actualidad, y según informes de la UNESCO el siglo XX ha registrado más inventos que en la totalidad del resto de los siglos anteriores. La ciencia y la tecnología son hoy parte imprescindible de nuestra vida. Pero no sólo los hombres dedicados específicamente a estos menesteres tienen una mentalidad científica, hoy este modo de pensar ha impregnado toda nuestra cultura, se puede afirmar sin riesgo de error que predomina en nuestra cultura una mentalidad científico-técnica.

Esto nos permite caer en la cuenta de que la estructura de nuestro pensamiento está modelada por categorías, conceptos, esquemas extraídos de esas disciplinas y esto es tan natural a nuestro entender que

---

<sup>38</sup> Mounier, Emmanuel, *Revolución personalista y comunitaria*, Editorial Laia, 1974, pág. 444.

<sup>39</sup> Mounier, Emmanuel, *Revolución...*, ob. cit., pág. 208.

nos sorprendemos cuando nos encontramos con personas de otras culturas, o leemos palabras de ellos que parten de otra estructura mental<sup>40</sup>. Nuestro etnocentrismo nos lleva a desvalorizar esos otros modos, y la antropología cultural clásica le ha colocado nombres que demuestran este menosprecio: los llama *modos de pensar mágicos*, propios de *mentalidades primitivas*. Nosotros necesitamos que nuestras afirmaciones estén avaladas por algún modo de verificación, que sean racionales y sostenibles por la demostración (ver para creer). Esa necesidad de demostrar materialmente lo que se dice es otro los rasgos del espíritu burgués. En la polémica de Galileo con sus acusadores, éste recurre a un argumento demostrativo; por ello Bertolt Brecht en su obra de teatro le hace decir a Galileo como argumento para demostrar la existencia de nuevos astros: “*Es que yo había pensado que para convencerse les bastaría mirar por el antejo*”, equivale a decir verifique Ud. mismo.

Todo esto no supone que esta actitud de verificar todo lo que se dice sea despreciable, no hay ninguna razón que permita rechazar adelantos de la ciencia que posibilitaron un mejor y más confortable modo de vivir, esto no está en discusión. La dificultad se presenta cuando esa mentalidad se absolutiza, descarta y menosprecia toda otra forma de pensamiento. Es entonces cuando en su afán de creer sólo aquello que se puede demostrar científicamente cae en el escepticismo, en las cuestiones referidas al ámbito de lo humano, en el que una gran parte de los proyectos de vida están sostenidos por la esperanza de su logro, sin que certeza demostrada alguna lo asegure. El esfuerzo del hombre burgués por romper el clima de “fe absoluta” en que se educaba el hombre del medioevo rompió con todo lazo que lo mantuviera unido a otras formas de fe. Carece entonces de los recursos espirituales que le permitan indagar en los temas del alma humana. Dice Luis González-Carvajal:

Al hombre moderno, después de respirar durante tanto tiempo una atmósfera positivista, le falta casi totalmente el modo de conocimiento por contemplación, en el que los sentidos quedan sustituidos por el silencio, por la atención, por el estupor, por el amor, por la intuición, por la poesía. Es un hombre que, como decía Pascal, no sabe pasar “del espíritu de la geometría al espíritu de la fineza”.<sup>41</sup>

La diferencia entre la ciencia y la técnica muy clara tiempo atrás se hace cada vez más difícil de percibir, una zona gris superpone a ambas, y en la medida en que la técnica, al servicio del mercado comercial, se hace más importante más subordina la ciencia a sus dictados. Pero se podría afirmar que lo que caracteriza a la técnica es su aplicabilidad, la ciencia tuvo hasta hace algún tiempo un fin en sí misma, la aventura de saber. Afirma el sociólogo norteamericano Robert K. Merton que en un brindis pronunciado en Cambridge un científico proponía: “*Por las matemáticas puras y porque nunca sean útiles a nadie*”. Hoy, por el contrario, lo importante es saber para qué sirve, caso contrario los científicos difícilmente conseguirían financiación para sus investigaciones. Y la técnica modela un tipo de hombre que necesita saber cuál es el botón que hay que apretar, a pesar de no tener la menor idea de qué es lo que pone en marcha, sólo sabe qué utilidad le produce.

Pero esta técnica que se autoabastece con razones para su existencia quita esas mismas al hombre, crea un mundo de artefactos en el cual el hombre es cada vez más un intruso, un invitado que debe aceptar la liturgia de la tecnología, que establece los modos de operar los aparatos sin poder incidir sobre ellos. Éstos, mediante sus estructuras, ordenan un mundo en el que el hombre se acomoda, y la naturalidad con que lo hace oculta el “sentido técnico” que ese mundo le impone. Alguien ha dicho una vez que *los antiguos tenían fines pero no tenían medios para llevarlos a cabo, los hombres de hoy tenemos medios pero desconocemos los fines*; con el agravante de que los medios se convierten en fines y se auto-justifican. La

---

<sup>40</sup> El tema está tratado con más detenimiento en mi trabajo *El marco cultural del pensamiento político moderno*, publicado en la página [http://ricardovicentelopez.com.ar/?page\\_id=2](http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2)



técnica no tiene, en principio, moral se la puede utilizar para el bien como para el mal, aunque esto no sea totalmente cierto. Hay técnicas que imponen sus propios fines, es el hombre el que debe decidir cómo usarla. Pero para ello debe ser poseedor de una ética que pre-exista y defina los objetivos humanos. Pero la complejidad tecnológica en la que nos hemos sumergido ha hecho hartamente difícil el sometimiento de determinadas tecnologías.

Un mundo planteado en esos términos permite avizorar como un futuro posible los *cyborg*, simbiosis de cibernética y organismo humano, que podrían reemplazar con muchísimas ventajas al hombre en determinadas tareas, reemplazo que no se sabría hasta dónde puede llegar. La fantasía de los *hombres-máquina* demuestra por qué camino anda la imaginación volando hacia un mundo perfecto, programable, cómodo, sin dolor, feliz; *Un mundo feliz* según la audaz y profética visión del título de la novela de Aldous Huxley. Dice Theodore Roszak en un interesante libro, *El Culto a la Información*, que el mundo de los ordenadores (computadoras) es competitivo con la inteligencia humana. Afirma que se ha entrado en una etapa en que no está claro cuáles son las diferencias entre ambas. Leyendo lo que hacen algunos investigadores, se siente cierta inquietud, sobre todo cuando tampoco está claro cuál es el modelo desde el que se piensan las comparaciones:

Para los ingenieros y los científicos (posiblemente hasta los científicos de la conducta), esto puede ser un recurso de valor incalculable. Ofrece la oportunidad de investigar casos hipotéticos, examinando una suposición tras otra. Pero la precisión gráfica y la claridad imponente con que la simulación se desarrolla en la pantalla de video pueden causar una confusión grave, sobre todo en el caso de los niños. Cabe que el modelo -un universo privado, pulcro y predecible- empiece a parecer una “realidad” mejor.<sup>42</sup>

Queda expresado un enorme interrogante respecto del modelo de pensamiento que se origina en este instrumento, y la posibilidad cierta de entrar en un terreno confuso entre realidad y realidad virtual. Sólo pensar que ya se comercializan juegos y entretenimientos con la realidad virtual, y que ha llegado al punto de proponer juegos eróticos a partir de la misma técnica, el llamado “sexo virtual”, nos da una idea del abismo que se abre. Pero todo este circunloquio sobre la técnica tiene por objeto mostrar que reside allí otro factor generador de escepticismo. Los sustitutos que produce tan alto grado de tecnología, y todo nos hace pensar en que es sólo un comienzo, al tiempo que no consigue llenar de sentido una vida, llena de placebos y vacía de contenido. Produce una insatisfacción cada vez más manifiesta que hace desesperar sobre un futuro en el que no se plantean otros interrogantes, que los técnicos no pueden ni están en condiciones de responder. La unilateralidad del pensamiento llevado por esos carriles amputa la riqueza del alma humana, la seca, la esteriliza, y hace intuir un futuro más dramático que el que tenemos. La advertencia que en los años sesenta hacía Herbert Marcuse sobre *El Hombre Unidimensional*<sup>43</sup>, título de un conocido libro suyo, ha cobrado vigencia ante nuestros ojos. La expresión muy publicitada de uno de los líderes del rock-punk, “vive rápido y muere joven”, nos está dando la pista de la intuición de los jóvenes respecto del futuro que les espera<sup>44</sup>.

Por otra parte, dentro de este mismo cuadro, aparecen otras amenazas que están ligadas estrechamente al futuro que nos ofrece una sociedad, como la capitalista moderna, que ha puesto en la producción de bienes para el consumo el norte de sus objetivos. Esa producción de bienes está regida por criterios muy claros y explícitos de lucro, todo el posible, sin reparar en métodos. Este aspecto, de fundamental

---

<sup>41</sup> González-Carvajal, Luis, *Ideas y creencias del hombre actual*, Editorial Sal Terrae, 1993, pág. 74.

<sup>42</sup> Roszak, Theodore, *El culto a la información*, Editorial Crítica, 1988, pág. 90.

<sup>43</sup> Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional*, Editorial Seix Barral, 1969.

<sup>44</sup> La situación social de fin de siglo está analizada en mi trabajo *El capitalismo en la etapa...*, ob. cit.

importancia respecto de cómo proyectar el pensamiento hacia futuros posibles, nos muestra la necesidad de pensar desde la “centralidad” del hombre. Desde allí cuestiones que hoy se resuelven con mucha liviandad, sin reparar en los costos humanos, deben ser repensadas porque estamos ante el riesgo de que lo resuelva el “pensamiento técnico” típico del “hombre pragmático”. Porque las consecuencias futuras, de corto o largo plazo, pueden ser de un costo inconmensurable desde nuestro presente, las primeras ya las estamos padeciendo, las segundas tal vez ni las intuimos. Aun pensando desde un “primer mundo” bien alimentado y “feliz” en su consumo, un pensador como Fromm hace décadas lanzaba esta advertencia, parafraseando a Marx en el Manifiesto:

Un espectro anda al acecho entre nosotros, y sólo unos pocos lo han visto con claridad. No se trata del viejo fantasma del comunismo o del fascismo, sino de un nuevo espectro: una sociedad completamente mecanizada, dedicada a la máxima producción y al máximo consumo materiales y dirigida por máquinas computadoras... El hombre mismo, bien alimentado y divertido, aunque pasivo, apagado y poco sentimental, está siendo transformado en una parte de la maquinaria total... Esta nueva forma de sociedad ha sido vaticinada en la literatura de ficción por Orwell en 1984 y por Aldous Huxley en *Un mundo feliz*.<sup>45</sup>

Desde este final de siglo y desde tierras latinoamericanas deberíamos decirle a Fromm que, salvo lo de bien alimentados y felices, estamos de acuerdo. En el “banquete tecnológico”, como lo denominó Mario Casalla<sup>46</sup>, no nos han tocado ni las migas. El optimismo pesimista de Fromm no alcanzó a percibir que la década del noventa dejaría excluidos del sistema a sectores cada vez más numerosos de la población del mundo.

---

<sup>45</sup> Fromm, Erich, *La revolución de la esperanza. Hacia una tecnología humanizada*, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1971, pág. 13.

<sup>46</sup> Casalla, Mario, *Tecnología y pobreza*, Editorial Fraternal, 1988.